

LA EXTRAORDINARIA
HISTORIA DEL
SAMURÁI HASEKURA

JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ-ROS

LA EXTRAORDINARIA
HISTORIA DEL
SAMURÁI HASEKURA

algaida



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2024

© José María Sánchez-Ros, 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-898-6

Depósito legal: SE. 341-2024

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO I . En el caparazón de un escarabajo	9
CAPÍTULO II . El apellido Japón	16
CAPÍTULO III . El encargo	24
CAPÍTULO IV . El hilo de Ariadna	28
CAPÍTULO V . Si yo te contara, Hideyori	35
CAPÍTULO VI . Un biombo namban	46
CAPÍTULO VII . Valignano, el clarividente	50
CAPÍTULO VIII . Los discípulos de Borges	63
CAPÍTULO IX . Un viaje astral	68
CAPÍTULO X . Cinco argollas de hierro	78
CAPÍTULO XI . La batalla de Sekigahara	81
CAPÍTULO XII . El parián de los sengleyes	92
CAPÍTULO XIII . El indiano Rodrigo de Vivero	105
CAPÍTULO XIV . El primer tratado de comercio con Japón	114
CAPÍTULO XV . El general Sebastián Vizcaíno	126
CAPÍTULO XVI . Las islas Platarias	136
CAPÍTULO XVII . La indecisión de Fumiko	153

CAPÍTULO XVIII . El comercio por encima de la fe	157
CAPÍTULO XIX . El sueño de Sotelo	166
CAPÍTULO XX . La mirada de Chimalpahin	177
CAPÍTULO XXI . La impostura de Oquendo	189
CAPÍTULO XXII . La muy noble e invicta ciudad de Sevilla	200
CAPÍTULO XXIII . La carta y la espada del samurái	212
CAPÍTULO XXIV . Un encuentro inesperado	224
CAPÍTULO XXV . El sinuoso duque de Lerma	233
CAPÍTULO XXVI . Un paseo con Lope de Vega	247
CAPÍTULO XXVII . El bautizo del samurái	258
CAPÍTULO XXVIII . La embajada languidece en Madrid	268
CAPÍTULO XXIX . El cardenal Borghese	275
CAPÍTULO XXX . La diplomacia vaticana	282
CAPÍTULO XXXI . El caballero desdichado	291
CAPÍTULO XXXII . La visita de Yabunara	296
CAPÍTULO XXXIII . El regreso	306
CAPÍTULO XXXIV . El duelo	316
CAPÍTULO XXXV . El juego de los espejos	322
CAPÍTULO XXXVI . La muerte de Hasekura	329
CAPÍTULO XXXVII . El martirio del obispo de Japón	333
CAPÍTULO XXXVIII . Un pacto de sangre	338
CAPÍTULO XXXIX . Metempsicosis	343
NOTAS:	347

CAPÍTULO I

EN EL CAPARAZÓN DE UN ESCARABAJO

NO ESCATIMO UN ÁPICE A LA VERDAD SI AFIRMO que Kafka no tiene en absoluto nada que ver con Hasekura, si bien por un cúmulo de coincidencias los dos cabos de esta cuerda se unieron una mañana de primavera en la ciudad de Praga. Me sentía identificado con Max Brod, quien salvaguardó la obra del autor checo en contra de su última voluntad de quemar todos sus manuscritos, especialmente los que no había podido concluir. Hubiese sido muy cómodo que Fernando Japón se hubiera limitado a encargarme la publicación de la novela, así yo habría sido solo su plácido albacea y cumpliría lo prometido entregando el texto al editor; pero la tarea de ultimar y completar la historia de Hasekura me producía una situación de permanente inquietud, ya que no tenía ni el ánimo ni la capacidad de llevar a término lo que se me había confiado.

No sé por qué peregrina razón acabé en Praga, huyendo de los consabidos compromisos de alguna fiesta

local. Me había tomado unos días de vacaciones, y nada más lejos de mi propósito era que en aquella hermosa capital me atravesase con una pasión inesperada, y que fuera precisamente esta debilidad, tan insensata, la que impulsara a retomar el borrador que Fernando me había dejado.

Ese día estuve despierto desde muy temprano y, aunque era la jornada de regreso a Sevilla, disponía de tiempo suficiente para intentar una visita al cementerio judío de Strasnice. Cerca del hotel, en la plaza de Wenceslao, tomé la línea A del metro hasta la estación Zelivského, y después de cruzar una amplia avenida entré por una puerta lateral que daba acceso a la oficina del camposanto. Fui recibido por un empleado cejijunto que indicó que debía cubrir la cornilla con una kipá; tuve la sensación de que el diminuto sombrero podría salir volando con el viento y me adentré por una de las calles, donde un pequeño cartel indicaba el camino que conducía a la tumba del escritor.

No había ningún otro visitante, solo la luz del sol se colaba entre las hojas de los árboles, lo que daba un aspecto mágico a las estelas funerarias que parecían estar surgiendo de la tierra. No había estado antes en un cementerio sin cruces y con tanta vegetación. A través del centelleante moteado entreveía las tumbas. El verde oliva, el verde claro, el verde grisáceo, todas las tonalidades posibles del verde parecían abrazar aquellos paralelepípedos. A la derecha, entre el alto muro perimetral y la primera línea de sepulturas, sin esperarlo, me topé con una lápida hexagonal de granito negro. En la cabecera, terminada en punta con la estrella de David grabada arriba, podía leerse el nombre del escritor

en hebreo, *Franz Kafka. Praga, 3 de julio de 1883 – Kierling, 3 de junio de 1924*, y debajo, la misma leyenda en alemán. Solo tenía cuarenta años, calculé, cuando murió de tuberculosis. Justo enfrente se encontraba la sepultura de su amigo Max Brod. Al pie de la tumba yacía amontonado, en homenaje, un buen puñado de guijarros.

Presenté mis respetos, depositando una rosa anaranjada que había comprado en la puerta, hice unas cuantas fotografías y, cuando estaba ya por marcharme, apareció, como por ensalmo, una japonesa que había tenido la misma idea que yo. Se dirigió a mí en inglés para proponerme un intercambio fotográfico. Le ofrecí la cámara y me retrató, sin que tuviera tiempo a esbozar una sonrisa. Luego, en mi turno, me demoré un momento hasta que indeciso acerté con el disparador. La imagen enmarcada se había copiado también en mi retina. Se llamaba Fumiko Wasaki. En un deleznable inglés pude hacerle entender lo importante que había sido para mí el escritor checo y lo que siempre me había conmovido su famosa *Carta al padre*.

Resultó ser profesora del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Sendai. Me sentí insignificante, como Gregorio Samsa, al decirle cómo me llamaba y que trabajaba en una compañía de seguros de Sevilla.

—Igual que Kafka —me respondió en castellano con un acento acogedor.

Saltó entonces a la conversación la novela de Hasekura que Fernando Japón me había encargado terminar. La invité a tomar café, y le conté que llevaba dos años intentando escribir sobre la embajada de Hasekura y que, aun-

que había logrado hilvanar un par de capítulos, me encontraba en una situación de bloqueo, incapaz de avanzar en la historia. Apenas sabía sobre la vida del samurái antes de su partida, solo conocía que había participado en 1597 durante seis meses en la invasión japonesa de Corea, y que era uno de los hombres de confianza del daimio Date Masamune. Tenía algunos testimonios indirectos sobre una posible acusación de corrupción a su padre, Hasekura Tsunenari. Conforme a la tradición nipona el hijo debía haber sido ejecutado junto al padre, pero Date Masamune no quería perder a uno de sus mejores hombres, por lo que concedió a Hasekura en 1613 la posibilidad de redimir su honor encabezando una riesgosa embajada a Europa. En algunas crónicas aparecía como un hombre sosegado, inteligente, tenaz, que, a pesar de todas las adversidades, cumplió con creces su obligación de comisionado.

Fumiko me dijo que en el Museo de Historia de Sendai se conservaban algunos objetos personales de Hasekura, así como unas cartas que escribió a sus hijos desde Manila en su viaje de regreso, en las que mostraba un sincero desasosiego hacia su madre. Me animó a visitar Sendai y se ofreció a mandar información sobre esas cartas. Seguramente serían las cartas de un padre angustiado por el futuro de su familia. Pensé de nuevo en la carta de Kafka a su padre.

Antes de despedirse su consejo fue que, si quería que mi investigación fuera de provecho, era necesario que me quitara las gafas de occidental, haciendo un ejercicio continuo de empatía. Tenía que intentar comprender el punto de vista japonés. Me hizo notar que Hasekura no era un sim-

ple funcionario, sino un auténtico samurái, sujeto a un estricto código de honor como el *bushido*, que no coincidía con la jerarquía de valores judeocristiana. Después de una derrota o un suceso de deshonor, los samuráis preferían el suicidio ritual llamado *seppuku*. Hasekura no era un caballero medieval dispuesto a dejarse matar por una dama, ni tampoco un soldado que hiciera de su fe en la providencia divina el estandarte de su conducta; su primer deber era dar la vida en defensa de la honorabilidad de su señor, mostrando siempre una actitud de respeto y comprensión ante la inevitable certeza de la muerte.

Fumiko me contó la historia de los cuarenta y siete samuráis que vengaron la muerte de su señor Asano Nagamori para restituir su honra. En 1701, el daimio Asano tuvo una disputa con el maestro de ceremonias del *shōgun*, Kira Yoshinaka, quien resultó herido en la reyerta. Asano fue invitado a suicidarse y sus propiedades fueron confiscadas. Muerto su señor, sus vasallos, dirigidos por el samurái Oishi Kuranosuke, vengaron el agravio asaltando la residencia de Kira y llevando en ofrenda su cabeza desmembrada a la tumba de Asano. Los cuarenta y siete samuráis habían desafiado el derecho legal del *shōgun*, por lo que fueron condenados al suicidio ritual. El crimen y su pena quedaron justificados para el pueblo conforme al principio de que más vale una muerte honorable que una vida deshonrada.

Aquella mujer me había encandilado con su inteligencia y extraña belleza, y no sabía si tendría ocasión de volver a verla. Lo primero que me llamó la atención fue la claridad de su piel, blanca como la leche. Nunca me habían impresionado demasiado las mujeres orientales. Al andar

tenía el porte y la elegancia de una bailarina. Con sus ademanes suaves daba la impresión de una disimulada fragilidad, pero en la mirada parecía retener una fuerza cautivadora. Sus palabras, en ese castellano tan particular, todavía retumbaban en mis oídos, cuando ya de regreso en el avión me quedé dormido.

Entonces tuve una sensación desconocida. Soñaba que me tocaba las manos y estas parecían más flexibles. Di un respingo cuando rocé la cara con los dedos y no encontré la barba. Me extrañó oír una oración, sobresaltado me levanté y comprobé con espanto que estaba en una amplia estancia donde hacía mucho frío y que, definitivamente, no era yo el que allí se encontraba. Intenté hablar y la voz me pareció distorsionada, lejana, como si fuera de otro mundo. En ese momento alguien llamó a la puerta.

—Excelencia, es la hora. Lo están esperando.

Pregunté quién era y dónde estaba.

Me contestó que era el padre Sotelo y que estaba en el convento de San Francisco de Madrid.

—¿Quién me espera? —repuse nervioso.

—Señor, lo espera el rey. ¿No os acordáis de que hoy es el día convenido para vuestro bautizo? Las infantas y la plana mayor de la corte estarán presentes y será vuestro padrino el duque de Lerma. No os retraséis.

La cabeza me pareció estallar y quise gritar con todas mis fuerzas que yo no era Hasekura, pero no pude. Resignado me vestí, dispuesto a enfrentar mi destino. Sabía lo que me esperaba por una carta que fray Luis Sotelo le había mandado a su hermano Diego de Cabrera, en la que contaba que el bautizo tendría lugar en la capilla del monasterio

de las Descalzas Reales de Madrid, el 17 de febrero de 1615, y que estarían presentes el rey de España, Felipe III, acompañado de sus hijas Ana y María de Austria y los principales caballeros de la corte; también conocía que actuarían como padrinos el duque de Lerma y su hija, la condesa de Barajas, que el oficiante sería el capellán mayor Diego de Guzmán, y que el bautizo se celebraría imponiéndoseme el nombre cristiano de Felipe Francisco Hasekura. Actué durante la ceremonia conforme al protocolo pautado y tuve la oportunidad de agradecer al rey el honor de juntar su nombre al mío. Después, la comitiva partió acompañada de la guardia real hasta la casa de los franciscanos, donde fue recibida con un solemne *Te Deum laudamus*.

No sé si aún no he despertado de este sueño. A veces pienso que es Hasekura el que se ha apoderado de mi conciencia y dicta con parsimonia estas palabras que escribo. Lo que sí puedo mantener es que Hasekura y Gregorio Samsa tienen un punto en común, que no es sino la fuerte transformación a la que se vieron sometidos: Hasekura quedó atrapado en una insólita embajada, del mismo modo que Gregorio Samsa estuvo recluido en el caparazón de un escarabajo. Tal vez me sienta yo de la misma manera, maniatado por la obligación de asumir la escritura de una novela que no me correspondía.

支倉六右衛門常長

CAPÍTULO II

EL APELLIDO JAPÓN

FERNANDO JAPÓN SE PASÓ LA VIDA DICHIENDO QUE iba a empezar a escribir la historia de Hasekura; si al final lo hizo fue solo por casualidad. Todos los hechos casuales participan de lo inverosímil, parece que son como inesperados, pero luego en la distancia, cuando la perspectiva nos permite un análisis retrospectivo, apreciamos que son inevitables.

Me llamo, supongo que debo decirlo, Mauro Caro. Esto sí que no tiene ninguna importancia, como tampoco la tiene el que haya podido completar la novela de Fernando Japón. Cuando faltó, los tertulianos de la calle Santa Rosa dieron por sentado que su relato no podía quedar inacabado y que yo sin excusa iba a tomar el relevo, por lo que puedo indicar que de alguna manera hay en esta novela un coro de voces que la impulsa, una autoría compartida que me exime de una parte de culpa, aunque me haya correspondido, por un azar imprevisto, llevar la nave a puerto.

La piedra en el zapato que hizo descalzar la pluma a Fernando fue la reiterada insistencia de su amigo Ángel Leiva. El poeta argentino, nacido en Simoca, había llegado a Sevilla coincidiendo con la Exposición Universal de 1992 después de un largo exilio en Norteamérica como profesor en distintas universidades de los estados de Illinois, Nueva York y Massachusetts. En la calle Santa Rosa, en el tranquilo barrio sevillano del Porvenir, Ángel, que ya no se consideró más un expatriado, estableció su peculiar negocio. Era una tienda encantadora con estanterías repletas de libros y de películas de todos los tamaños y formatos, expuestos con un particular desconcierto. El abigarrado colorido de las carátulas de los videos y de las cubiertas y sobrecubiertas de los libros dejaba deslumbrado al visitante, desarmado ante el aluvión incontenible de historias reales o fingidas que, confinadas en su pequeño cofre, esperaban que alguien las espabilase de su letargo. En la planta baja se atrincheraba Ángel, con su inmensa bonhomía, detrás del mostrador, siempre dispuesto a entablar una charla espontánea. Con su voz pausada, que parecía anclarse en el aire, nos hablaba de Stevenson, de Twain, de García Márquez, de Sabato y, sobre todo, de Borges. En la planta alta se hacían talleres de lectura y escritura, se daban clases y se organizaban certámenes de poesía. Los seminarios de lectura los organizaba su mujer, Susana Jákfalvi, y con el transcurso de los años estas reuniones se convirtieron en animadas tertulias literarias. Allí coincidía yo con Fernando y con otros escritores y amigos. Siempre a la salida acabábamos deparando con Ángel Leiva de literatura, y en la conversación, que se prolongaba en la abacería de José Luis, fue saliendo

el propósito postergado de Fernando de escribir algún día sobre Hasekura. El tránsito de la lectura voraz y desordenada de todo cuanto se le ponía por delante hacia una escritura que, necesariamente, tenía que ser contenida y meditada, fue propiciado por la tenacidad de Ángel, que logró convencerle para que abandonase su sofá vespertino y se aprestara en su mesa a emborronar cuartillas.

Mas, si tuviera que comenzar por el verdadero principio de esta historia tendría que retroceder en el tiempo, mucho antes del nacimiento de Hasekura, y arrancar el relato de Fernando Japón en el instante en que un improvisado amanuense, hacia el año 1298, transcribía en la cárcel de Génova el fabuloso viaje de Marco Polo. *El libro de las maravillas*, que compuso Rustichello de Pisa al dictado de las palabras del viajero veneciano, describía a Zipango como la tierra de una fortuna desmesurada, en la que los palacios tenían los tejados recubiertos de oro macizo y los suelos estaban pavimentados con una capa dorada de un espesor de dos dedos. En los ideogramas chinos, Japón o Jiphen se leía como el país del sol naciente, y su traducción al japonés era Nippon. Cuando Marco Polo viajó a China, tradujo el vocablo por Zipango, que fue el nombre con el que originariamente se conoció a Japón en Europa.

Ya en el siglo IX, el geógrafo persa Ibn Juardabih dejó escrito que Japón era la isla del oro, donde hasta las cadenas de los perros y los collares de los monos estaban labrados en este metal. La leyenda de que existía una fuente inagotable de riqueza en el Japón se había extendido por Asia como una llamarada, gracias a los intensos contactos de los comerciantes árabes que recalaban en el puerto chino de Zaitún.

El bisnieto de Gengis Kan, el emperador mongol Kublai-Kan, atraído por la quimera de los lingotes de oro, había hecho dos tentativas de conquistar Japón; pero en ambas ocasiones el viento justiciero de los dioses, en forma de huracán, desbarató la acometida, dando al traste con la poderosa flota invasora en la bahía de Hakata.

Inspirados por las maravillas que contaba Marco Polo, dos siglos después, el marino portugués Vasco de Gama alcanzaba el cabo de Buena Esperanza, y el almirante Cristóbal Colón dirigiría desde España una expedición que buscaba una vía hacia poniente hasta llegar a Cathay y Zipango y poder obtener allí el oro necesario para arrebatarse Jerusalén a los musulmanes y reconstruir el templo de Salomón.

Se podrá disculpar la anterior digresión histórica, en cuanto ustedes sepan que intento narrar lo que Fernando Japón me refirió sobre el embajador Hasekura. Para Fernando el lugar de su propio nacimiento no tenía demasiado interés en esta historia, como no la tienen las demás circunstancias que suelen suceder en la vida de una persona corriente; sin embargo, no estando conforme del todo con esta afirmación, sí puedo resaltar que sorprendía la toponimia de su apellido, por la directa alusión a un país tan lejano como desconocido. Hace ya algún tiempo, su tío Juan Manuel Japón le había contado que el apellido provenía de los japoneses que vinieron con Hasekura a España en el año 1614 y que se quedaron en la villa de Coria del Río; algunos de ellos —le dijo orgulloso— se integraron con la población del lugar, y cambiaron su impronunciable patronímico extranjero por el de Japón cuando se acristianaron. Fernando Japón era uno de los descendientes de aquellos

intrépidos japoneses, y siempre que podía alardeaba de su doble condición, tanto española como japonesa.

No sé si conocen algo sobre Hasekura Rokuemon Tsunenaga, que llegó desde el Japón a España a principios del siglo XVII. Aunque sé muy poco del Japón, y no demasiado de ese siglo que coincide con el declive del Imperio español y la muerte de Miguel de Cervantes, la historia de Hasekura me parece encomiable, y no menos que la del padre Luis Sotelo quien, junto al samurái, atravesó medio mundo en una infructuosa embajada.

Para Fernando —me parece que le oigo— no bastaría con señalar que la primera embajada japonesa a Europa se hizo por la ruta occidental a propuesta del padre jesuita Alexandro Valignano, visitador de la compañía, y que su finalidad fue conseguir del papa Gregorio XIII, en 1585, la primacía jesuítica en la evangelización del Japón y el primer obispado para las islas; y que más ambiciosa fue la segunda embajada inducida por el franciscano Luis Sotelo y financiada por Date Masamune, daimio del noreste de Japón, ya que, a la intención religiosa de traer frailes de la Orden de San Francisco para nuevas conversiones, se unía la de establecer relaciones comerciales y diplomáticas con Europa. No sería suficiente añadir —continuaba— que el samurái Hasekura encabezaba la delegación de ciento ochenta japoneses que, junto con los franciscanos Luis Sotelo, Ignacio de Jesús y Diego Ibáñez, zarparon el 27 de octubre de 1613 del puerto de Tsukinoura rumbo a Acapulco, y que la llegada a Sanlúcar de Barrameda se hace en un navío de la flota de Indias a principios de otoño del año siguiente. Tampoco sería bastante advertir —concluía— que,

tras una prometedora acogida en Sevilla, la comitiva parte hacia Madrid, siendo recibida con desconfianza por el rey Felipe III a petición del Consejo de Indias; que el papa Paulo V atenderá en 1615 a una embajada ya desprestigiada por la corte española, por las presiones de los comerciantes de India, Macao y Filipinas y por el antagonismo de los jesuitas; y que Hasekura, sin recursos, desprovisto de amparo diplomático, inicia el difícil camino de regreso y, después de una estancia en Manila, llega a Japón, donde fallece en agosto de 1622.

Pero la historia de Hasekura tiene más sombras que luces, y tengo el convencimiento de que solo ha trascendido parte de ella. Un pequeño destello de aquella aventura parcialmente retratada por los cronistas y documentos oficiales. Queda, y no es poco, desentrañar quién era el hombre reposado y modesto que se dejó arrastrar por el alonso Sotelo en un extravagante viaje que cruzó dos océanos y tres continentes. Queda por considerar la ambición del franciscano y su desesperado intento de salvar la embajada. Queda también por analizar las causas y las consecuencias del fracaso. Y es que la búsqueda de las respuestas a las incógnitas no despejadas por el discurso de la historia también forma parte de ella. Es la otra historia, la que está pendiente de explorar, la que me impulsa a que tamborilee con las yemas de mis dedos este teclado.

Kubla-Kan, el más cultivado de todos los emperadores tártaros, que había propiciado en su inmenso imperio el desarrollo de las artes y de las ciencias y que se rodeó de sabios persas, árabes, chinos y europeos sin excepción, le había dicho a Marco Polo que se haría bautizar si venían a

su reino cien hombres que demostrasen su poder venciendo a los sacerdotes budistas y poniendo de manifiesto que también disponían de fuerzas sobrenaturales. Este desafío puesto por escrito fue recibido por miles de sacerdotes católicos que pensaron en Oriente como si fuera una tierra de promisión.

Cuando el franciscano Sotelo llegó en 1605 a Japón, la enseñanza del cristianismo vivía sus años de máximo esplendor; habían transcurrido más de cincuenta años desde que el padre jesuita Francisco Javier arribó a Kagoshima y fundó la primera misión católica. Parecía increíble que después Sotelo fuera juzgado como hereje y terminase quemado en la hoguera, y que Hasekura tuviera que renegar de su fe y morir en su país olvidado de todos. La historia siempre —dicen— la escriben los que vencen, pero estos dos hombres no hicieron un esfuerzo baldío, porque con su viaje tendieron puentes hasta entonces ignorados que, aunque después fueron derrumbados con violencia, hoy se levantan sobre sus cimientos.

Ya he adelantado el principio y el porqué de esta historia. Me resta, por ahora, apuntar cómo o en qué forma se contará. Para responder a esta cuestión tengo el manuscrito que Fernando Japón abocetó, en el que dejó trazadas las líneas maestras de su relato. Su lectura me coloca a un lado del espejo donde se encuentran todos los que han interpretado y descifrado los textos de otros. Pienso en el almirante Colón leyendo en su cuarto viaje el libro de Marco Polo, escudriñando las estrellas, esperando llegar algún día al mítico Zipango, sintiéndose un elegido de Dios, ansiando liberar el santo sepulcro, esperanzado de extender el Evan-

gelio. Al igual que Rustichello de Pisa recogió las palabras de Polo, aspiro a poner por escrito la crónica de Fernando Japón sobre Hasekura, y al hacerlo traspaso de nuevo el umbral y me sitúo en el otro lado, reverso del anterior, donde se encuentran aquellos que pretenden encerrar en un papel la sombra fugaz de un sueño. El vínculo entre lo leído y lo escrito, entre lo que se imagina y exagera por mor de la ficción y lo que puede compulsarse por la realidad, lo que media entre las alucinaciones del demente y el contraste severo de la razón es la argamasa, el mortero sobre el que se construye esta novela.

支倉六右衛門常長

CAPÍTULO III

EL ENCARGO

FERNANDO JAPÓN ME HABÍA COMENTADO EN NUMEROSAS ocasiones que estaba escribiendo la historia de Hasekura. Al principio lo que más le preocupaba era no tanto lo que iba a contar sino la forma en que podía hacerlo. Poco a poco me fue consultando los avances y titubeos de su escritura. Fernando dudaba si el relato debía de hacerse por el propio Hasekura que informaba a su señor Date Masamune de su viaje a Europa, o por el padre Luis Sotelo, que había dejado escrito un memorial con una relación detallada de los hechos. Ambos estábamos de acuerdo en que la gesta del samurái podría ser contada por un testigo neutral que supiera dar testimonio con la distancia del escribano que presencia los hechos. También nos planteamos la posibilidad de la narración con un enfoque cinematográfico, en la que el autor se limitara a trasladar la historia sin hacer concesiones a ninguna divagación que interrumpiera el ritmo de lo que parecía ser una novela. Finalmente, Fernando me asombró con la propuesta de no seguir un

solo punto de vista, y que lo mejor sería combinar todos los enfoques posibles.

Desempeñaba con holgura mi papel de asesor. Opinaba con libertad, sin asumir ninguna responsabilidad. A ratos era censor crítico de los escritos sobre Hasekura, y otros, un entusiasta diletante. El día en que Fernando Japón me confesó que el cáncer le devoraba y que no tendría tiempo suficiente para acabar su novela, me quedé paralizado. Presentí lo que efectivamente hizo a continuación, pedir que en su lugar acabara el relato. No tuve el valor para negarme.

El encargo de cerrar la historia de Hasekura me abocaba a retomar la escritura, sin posibilidad de tener escape. Hacía tiempo que no escribía, quizás por comodidad, también por temor al ridículo. Participaba del síndrome de «preferiría no hacerlo» que repetía a cada paso el inefable escribiente Bartleby de Melville. Pensé entonces que, en realidad, había sido un cobarde por esconderme, por no entender que la escritura tiene un efecto pacificador del alma al plasmar en letras de molde los impulsos nerviosos que se suponen son las ideas. En la escritura se ponderan y sosiegan las pasiones, se ordena lo que parece incontrolado y se origina la catarsis de esa constante perturbación que se produce entre lo que se sueña y lo que se vive.

Para Fernando escribir llegó a ser una necesidad vital. Me decía que si lograra conmover a alguien con una línea, solo con un trazo, no podría estar más satisfecho. Ahora creo que escribía por vanidad y también por esa necesidad innata de conseguir el aprecio y el reconocimiento ajenos. Precisaba escribir —contaba— casi tanto como respirar, porque al traducir a palabras esa lucha intensa que

se mantiene entre la razón y el sentimiento, tenía al menos la sensación de que por un instante se rebelaba y conquistaba una parte, aunque fuera mínima, de esa libertad que tiene el escritor para expresar sin reparo lo que piensa. Un día en la tertulia refirió cómo Flaubert sostenía la tesis del arte como alucinógeno para deambular por un espacio de sugestión y embriaguez; y, apurando un cigarrillo, me dijo que el francés llegó a revelar a su confidente Louise Colet que la única forma de soportar la existencia era aturdirse en la literatura como en una orgía perpetua. Sin compartir esta actitud, le reconocí que la imaginación, el extrañamiento de la realidad, forma parte esencial de la vida y que siempre había un principio consciente al que se contraponía su antagónico como única forma de equilibrio posible.

Fernando Japón me fue entregando los borradores de algunos de los capítulos que había pergeñado. Sabía que cada página la revisaba con minuciosidad. Y, cuando murió, le pedí a María Quesada, su viuda, que me dejase rastrear en el ordenador las distintas versiones que había preparado. También pude hacerme con los trabajos previos que había trasladado en unos cuadernos pequeños de bolsillo con indicaciones de los personajes principales, el contexto histórico en el que se debía desenvolver la historia, y las directrices que apuntaba para el progreso de la trama. Imaginé a Fernando sacando uno de estos cuadernos y escribiendo, apresuradamente, alguna nota. Cada apunte tenía una correspondencia que remitía a los libros que había sacado de la biblioteca, o que adquirió previa petición en la librería de Ángel Leiva. Fernando llegó a manejar una abundante documentación que reconocía solo como la punta de un iceberg, ya que mu-

cho más interesante, preveía, era la bibliografía que tenía proyectada estudiar, pero que la vida no le dio la oportunidad de consultar. Especialmente me había recomendado que estudiase *El siglo ibérico de Japón* de Antonio Cabezas. Fernando me había hablado con fervor de este ensayo, que se apartaba del método ortodoxo de contar la historia para adentrarse en un terreno fronterizo entre el relato periodístico y la tesis doctoral. El manual estaba muy trabajado por Fernando con subrayados de distintos colores, como si fuera un texto que tuviera que memorizar.

El mandato de Fernando no tenía límite ni condición alguna. Me encomendaba expresamente que completara lo que bien me pareciera, sacase lo que fuera gratuito, y enmendara los errores y omisiones que pudiera tener. Fui leyendo el texto al principio con un poco de amargura, por el recuerdo constante de Fernando, así como con la extraña sensación de defraudar su confianza. Los diez primeros capítulos estaban completos, y apenas si hacía falta algún ajuste de redacción. Los capítulos siguientes hasta el dieciocho tenían algunas lagunas salvadas con enlaces a una bibliografía que se indicaba a pie de folio. Los doce últimos capítulos estaban solo nominalmente rotulados con una breve sinopsis de su desarrollo, pero también con notas de reenvío a otra abundante documentación archivada y clasificada en carpetas por orden alfabético. El trabajo era un compendio de historia y ficción que iba más allá de un suceso novelado, convirtiéndose en un análisis sobre la condición humana en un momento crucial de la historia.

支倉六右衛門常長

CAPÍTULO IV

EL HILO DE ARIADNA

SE PODRÍA DECIR QUE EL PRIMER BALBUCEO DE ESTA crónica lo podemos datar el 23 de septiembre de 1543, con la arribada a las playas de Tanegashima de un junco chino pilotado por portugueses. El hecho puede considerarse, como dice el admirado profesor Cabezas, tan importante como pudo ser el descubrimiento de América por Colón. Por primera vez dos civilizaciones milenarias, la japonesa y la europea, entran en contacto, y el resultado fue un breve pero intenso fulgor que perduró casi cien años. Este encuentro puso en evidencia que la cultura japonesa, autóctona, con un fuerte ascendiente de China y de la India, no era inferior a la europea, y por otra parte demostró que podía existir otra gran cultura distinta de la china con una religión tan emblemática y sugerente como lo pudiera ser el budismo. El llamado siglo ibérico en Japón terminó con el más triste de los quebrantos: a sangre y fuego. Si el esfuerzo de asimilación de ambas culturas se hubiese acelerado, Japón habría sido entonces en el siglo XVII

lo que es ahora, una de las naciones más avanzadas, al frente de la economía mundial. Se podían haber evitado trescientos años de un férreo Gobierno militar que ahogó cualquier contacto con el exterior y que sembró en el pueblo un brote de xenofobia que más tarde tuvo tan funestas consecuencias.

Tampoco puede eludirse la voracidad del colonialismo europeo. Si Felipe II, que uncía desde 1580 las dos Coronas ibéricas, hubiera podido, los estandartes de Castilla se habrían enarbolado en China y en Japón. Pero el rey español, arruinado por las guerras de Europa, ni siquiera se lo planteó: las Filipinas fue el último esfuerzo de expansión del Imperio español.

Los acontecimientos previos a la embajada de Hasekura fueron determinantes para entender su fracaso. Había que rastrear los primeros intentos de contacto entre dos mundos tan distintos y descompasados en el tiempo. Estos encuentros y desencuentros fueron en muchas ocasiones el fruto de un naufragio, y en otras, la consecuencia necesaria de los avances en la navegación. Habría que partir, además, del hecho incontrovertible de que en la primera mitad del siglo XVI las dos potencias colonizadoras eran España y Portugal. Para dirimir las posibles diferencias entre ambos imperios, el Papa Alejandro VI en 1493 repartió el mundo en dos mitades como si fuera una naranja: un hemisferio quedó bajo el patronazgo español, y el otro bajo el patrocinio portugués; pero, debido a que en aquella época no había instrumentos de medición precisos, determinadas zonas geográficas, como fue el sudeste asiático, quedaron en una franja de indefinición.

Los portugueses fueron los primeros que llegaron a Japón, estableciendo una factoría en Nagasaki; de su mano entraron los jesuitas, que unieron la predicación del Evangelio al juego del comercio en un peculiar binomio inseparable. Los españoles se asientan en 1571, cuando Miguel López de Legazpi, primer gobernador de Filipinas, funda la ciudad de Manila, iniciándose así el comercio con las posesiones portuguesas en China. El viaje a Acapulco desde Manila era una travesía agotadora de casi cuatro meses, había que subir hasta las aguas de Japón, luego dejarse llevar por la fuerza de las corrientes hasta California, y después ir costeando hasta arribar al puerto de Acapulco en el virreinato de Nueva España.

A la necesidad que tenían los españoles de establecer una escala intermedia en Japón, se sumaba el afán de los japoneses de entablar con Filipinas una vía de comercio en el marco de una situación de vasallaje. El taiko Hideyoshi, entonces máxima autoridad feudal del Japón, recelaba de los españoles por la creciente propagación de la fe católica en sus feudos a resultas de la labor evangelizadora de los jesuitas y franciscanos. Se temía que la penetración religiosa pudiera ser el anticipo de una conquista militar. Consecuencia de esta desconfianza fue que se decretara la expulsión de los religiosos en 1587, y también los lamentables sucesos que se derivaron del naufragio del galeón San Felipe, incidentes que terminarían diez años más tarde en Nagasaki con el martirio por crucifixión de veintiséis religiosos, todos franciscanos, a excepción de tres japoneses que habían sido convertidos por los jesuitas.

En 1598 el *shōgun* Tokugawa Ieyasu, como nuevo caudillo del Japón, intenta restablecer las deterioradas relaciones con Manila y, por la intermediación del franciscano Jerónimo de Jesús, solicita la asistencia de constructores españoles de barcos a cambio de que los galeones pudieran tomar puerto en Japón. La indecisión del entonces gobernador de Manila, Francisco Tello, provocó que un nuevo naufragio, esta vez de una nave holandesa, permitiera la aparición en escena del piloto inglés William Adams. Este protestante estaba al servicio de los holandeses, en aquel tiempo enemigos contumaces de los españoles. Adams, como experto constructor de barcos, se hizo del favor de Ieyasu convirtiéndose en su consejero. El *shōgun* envió al inglés a Manila en 1601 con el designio de reanudar las relaciones comerciales con España. La respuesta del gobernador español Tello se limitó a enviar al franciscano Jerónimo de Jesús con la licencia del papa Clemente VIII de permitir el establecimiento de misiones a los franciscanos, agustinos y dominicos, rompiendo así el monopolio de los jesuitas en Japón. La actitud timorata de Tello dejaba al descubierto no solo el preferente interés religioso de los españoles, que se mostraban reacios a enviar barcos a las costas japonesas, sino también la división en la labor evangelizadora entre los jesuitas, que predicaban en nombre de Dios y del papa, y los franciscanos, dominicos y agustinos, que lo hacían en nombre de Dios y del rey de España.

En 1603, el nuevo gobernador de Filipinas Pedro de Acuña envía galeones a la isla de Kyushu, donde el cristianismo prosperaba en contra de los deseos del *shōgun* —en uno de estos barcos llega a Japón el franciscano Luis Sotelo,

que tanta importancia va a alcanzar en el desenvolvimiento de esta historia—. Pero las relaciones entran de nuevo en una situación de incertidumbre por la negativa de los japoneses a conceder a los españoles un consorcio comercial en detrimento de los holandeses y portugueses. En este escenario de inestabilidad diplomática tuvo lugar, después de la muerte de Acuña, el nombramiento como gobernador interino de Filipinas de don Rodrigo de Vivero y Aberruza, sobrino del virrey de Nueva España, Luis Velasco. Vivero, interesado en preservar las costas filipinas de los ataques de los navíos holandeses y en respuesta a los emisarios de Ieyasu, entre los que se encontraba el inglés William Adams, manda una carta al *shōgun* Ieyasu invitándole a retomar los intercambios de mercancías.

Vivero se convierte en el primer embajador español en Japón de forma involuntaria. Una vez nombrado gobernador de Filipinas Juan Silva, Rodrigo Vivero decide su regreso al virreinato en el navío San Francisco, que naufraga en las costas japonesas en junio de 1609; los supervivientes son atendidos por el daimio local de Sátsuma, y Vivero, en su calidad de representante del rey de España, se entrevista en Edo con el hijo del *shōgun*, Hidetata, y con el propio Ieyasu en su residencia de Suruga.

En este intercambio de intentos de aproximación se suceden episodios de tibia tolerancia que se interrumpen de forma brusca. En el puerto de Bungo, Vivero tiene conocimiento de los sucesos acaecidos en el galeón portugués Madre de Dios. Ante la negativa del capitán Andrés Pessoa de ofrecer explicaciones por la ejecución de un centenar de japoneses insumisos en Macao, el *shōgun* Ieyasu

toma represalias y ordena el apresamiento de la nave en enero de 1610.

Y en este estado de permanente zozobra es cuando adquiere relevancia el franciscano Luis Sotelo, a quien Ieyasu, en un nuevo gesto de apertura, le asigna la tarea de traducir los documentos que había pactado con Rodrigo de Vivero, en los que se autorizaba a los galeones españoles a atracar en puertos japoneses, otorgando libertad de movimiento a los misioneros, y a la vez se solicitaba como contrapartida, entre otros pedimentos, licencia para el envío de barcos japoneses al virreinato de Nueva España.

Vivero intentó prolongar su estancia en Japón para lograr un compromiso del *shōgun* sobre la expulsión de los holandeses; pero, finalmente, parte del puerto de Osaka con rumbo a Acapulco a bordo de un buque japonés construido por el inglés William Adams. En este buque, bautizado con el nombre de San Buenaventura, viajaban una veintena de comerciantes japoneses que fueron recibidos por el virrey Luis Velasco en la ciudad de México, según se ha comprobado por las crónicas que en la lengua náhuatl fueron escritas por el historiador indígena Chimalpahin.

Aunque basta ya por ahora, Mauro, de abrir puertas y ventanas en esa especie de torre de Babel en la que se va convirtiendo la historia de Hasekura. Tanta información sin dosificar puede amedrentar al más pintado. Pero ¿quiénes eran los japoneses Hideyoshi, Ieyasu e Hidetata? ¿Por qué intentaban negociar con los sucesivos gobernadores de Filipinas: Tello, Acuña, Vivero y Silva? Y sobre todo, ¿qué hacían los franciscanos Jerónimo de Jesús o Luis Sotelo en aquellos parajes tan lejos de su patria? Españoles, portu-

gueses, japoneses, ingleses, holandeses, italianos, chinos y filipinos pueblan un inmenso tablero de ajedrez donde cualquier movimiento tiene su réplica. Se hace necesario, para que esta historia fluya, un relato más sosegado y detallado, pues parece que cada vez que se levanta un velo un nuevo enigma nos conduce a otro laberinto, que a su vez nos arrima al punto de partida. Movamos un paso la infantería de los peones y refrenemos el salto de los caballos y las diagonales de los alfiles. Entretanto, dejemos que el lector, como Teseo, se enfrente con paciencia al Minotauro. ¡Ojalá estas palabras que escribo sean como el hilo de Ariadna!

支倉六右衛門常長